

LA CONQUISTA, ORIGEN REMOTO

DE LA VIOLENCIA



Doctor MARCO A. FONSECA T.

Siempre nos ha parecido que nuestras manifestaciones agresivas tienen sus principales raíces en la Conquista. A pesar de que nuestros historiadores hayan ignorado la trascendencia de esa época, es probable que un movimiento renovador de la interpretación histórica vierta su escrutadora mirada crítica sobre aquellos variados aspectos, y radique sus angustias interpretativas en episodios que hasta el momento han sido desdeñados. **La Conquista, no es tan sólo la sucesión de escenas épicas, valiosas para poetas y narradores, sino, ante todo, una angustiosa época de transición, de suspensión de los lineamientos morales de dos grandes fuerzas étnicas, la española y la aborígen, durante la cual se proyectaron, como en un sino histórico, los caminos macabros de la agresividad en nuestro territorio.**

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo de todos los aspectos que puedan interesar a la interpretación histórica de la Conquista, nos limitaremos a dar una panorámica ligera, de los elementos bélicos que acompañaron la conquista y penetración de los territorios comprendidos por las vertientes del

Río Magdalena, y la vertiente oriental del Río Cauca, entre Santa Fé de Bogotá y Popayán, habitados por los Pijaos y muchas otras tribus guerreras, que duró un siglo aproximadamente, y durante el cual luchó un número aproximado de diez mil españoles, repartidos poco más o menos en cien comisiones o grupos, y acompañados aproximadamente por cincuenta mil indígenas aliados, tomados de diversos sectores del país y de América, especialmente de los sectores chibchas de las altiplanicies cundinamarquesas y boyacenses, cuando las expediciones fueron organizadas en la gobernación de! Nuevo Reino, y de los aborígenes, traídos de las tierras del Perú, del Ecuador, y de las partes altas de Nariño y del Cauca, cuando las comisiones se originaron en la gobernación de Popayán, y de otro lado los nativos de las familias "panches, pantágoras, caribes, calimas y pijaos," cuyas víctimas ascendieron a docientas mil, para seguir utilizando cifras relativas.

La actitud bélica del conquistador. La campaña conquistadora española, tuvo una organización esencialmente castren-

se. No conocemos a fondo la ordenación militar relativa a la disciplina, al escalafón, a las órdenes de servicios, a los regímenes de guarnición, a los diversos fueros, pero podemos hablar de un escalafón relativamente unificado, entre otras razones, porque la labor de penetración gubernamental ocupó mayor escala en las actividades de la Conquista y de la Colonia, de manera que el escalafón de los cargos públicos, en lo referente a la burocracia de la Conquista y posteriormente a la burocracia de la Colonia, tanto en lo político como en lo gubernamental (Rey y sus funcionarios, Adelantados, Gobernadores Audiencias, Virreyes, Capitanes Generales, Alcaldes Mayores y Corregidores) vino a ser en realidad el escalafón militar, por cuanto cada uno de aquellos funcionarios tenía especialmente mando militar, particularmente en la época de la Conquista a la cual nos estamos refiriendo.

Mucho más tarde, ya en la Colonia, el gobierno español promulgó "Cédulas Reales" sobre la organización militar para la defensa del territorio, y en esta forma se fue perfilando, con más nítidos contornos, el puro escalafón militar divorciado ya de las jerarquías políticas y gubernamentales. Pero, como no nos

interesa en el presente artículo, fijar una plataforma precisa sobre la organización militar de la Conquista, nos basta el siguiente esquema para comprender los movimientos armados. El Gobernador de una comarca determinada por una capitulación especial expedida por la Corona, ostentaba ordinariamente el título de Capitán General, y tenía el poder militar de toda la guarnición, contando con subalternos inmediatos llamados, Capitanes y Tenientes, a quienes comisionaba para misiones de penetración y de conquista, invistiéndolos de poderes políticos y gubernamentales, y con la orden de fundar cuarteles o "reales" permanentes, los cuales constituían los puestos avanzados de la conquista. Robustecidos esos cuarteles, se enviaban de allí nuevas comisiones, ordinariamente comandadas por tenientes, para continuar la penetración, hasta que, en esta forma, fue copado por el conquistador todo el territorio de América.

Esa expansión conquistadora determinaba varias actitudes de los aborígenes, de acuerdo a la idiosincraía y poder bélico de las tribus en cuyo territorio se iba penetrando. O bien se sometían los indígenas y acataban el poder español, o se rendían inicialmente para presentar luego toda clase de manifestaciones agresivas obligando muchas veces a los conquistadores a evacuar el lugar para regresar, al cabo de los años a "pacificar" a los amotinados, o, finalmente, hacían resistencia a la penetración inicial, sin dejarse dominar del conquistador, como aconteció en los territorios ya mencionados, cuya penetración fue una prolongada y cruenta labor.

La estrategia conquistadora descansaba sobre los siguientes sistemas: fomentaban la creencia aborígen sobre el carácter divino del conquistador, y hacían proselitismo religioso en las tribus conquistadas. Buscaban amistad con

**DOCTOR
MARCO A. FONSECA T.**

Joven abogado, natural de San José (Costa Rica), adelantó estudios de Derecho en la U. N. de Colombia y está especializado en Derecho Penal. Su devoción a los temas de su profesión lo han llevado a desempeñarse como investigador de los hechos sociales. Escritor y catedrático. Actualmente es profesor de Antropología criminal de la Facultad de Derecho en el Instituto de Ciencias Penales de la U. N. y de Criminología y Sociología Policial de los Cursos de Oficiales en la Escuela de Policía General Santander.

la tribu, haciendo tratados de paz con los caciques, y aparentaban inicialmente acatar su autoridad política. Se aliaban con los aborígenes para hacer la guerra a las tribus comarcanas, y utilizaban el poder bélico de los aliados. Hacían penetración económica y racial en el territorio conquistado, fortificando los cuarteles generales e instalando una nutrida burocracia en aquellos lugares que ofrecían un mayor halago económico al conquistador. Esclavizaban a los indígenas sometidos, dominándolos culturalmente en una forma plena y total y explotándolos económicamente.

Por otra parte, la táctica cambiaba de acuerdo con la capacidad bélica de las tribus que encontraban, pero puede decirse que los aspectos de la táctica usada en los territorios a que hemos dedicado este artículo, fueron los siguientes: la marcha sobre el terreno era cautelosa, y se procuraba avanzar por la planada, con el ánimo de que el guerrero aborígen saliera a hacer la resistencia en campo abierto. Inicialmente, cuando el español llegó a la conquista americana, traía la costumbre de marchar al combate en formación, con gran pompa y ostentación de poderío, haciendo sonar la música de las trompetas, chirimías y sacabuches, para llamar al enemigo al campo de batalla. Estas primeras fases del encuentro guerrero se usaban en Europa, en donde los pueblos se hacían frente en el campo de batalla y se siguió usando en los pueblos civilizados hasta finales del siglo pasado. Del mismo modo, los aborígenes en algunos sectores de América y de Colombia, se hacían la guerra avisándose previamente y citándose en campos de batalla. Los chibchas, los mayas, los aztecas y muchas otras tribus de menor índice cultural hicieron frente a los españoles en esta forma, haciendo igualmente ostensible su pre-

sencia con música de instrumentos autóctonos.

Pero en las primeras experiencias de la conquista, especialmente en la campaña de Bonda, en la costa atlántica, los españoles cambiaron de táctica en cuanto a la marcha al combate, porque los indios caribes no hacían frente al español, y lo atacaban cuando este se hallaba desprevenido. Los españoles volvieron a emplear su marcha de guerra en formación clásica, para la conquista de los chibchas, quienes inicialmente actuaron como ya se ha dicho, pero posteriormente utilizaron el sistema de guerrillas planeadas por el Bacatá, una vez que Jiménez de Quesada lo desalojó de su pueblo.

En la marcha sobre los pijaos y sus vecinos, desde Sebastián de Belalcázar, primer conquistador que recorrió el sector en su viaje de Popayán al Nuevo Reino, hasta Juan de Borja y otros bravos militares, se empleó el sistema de marcha cautelosa, silenciosa cuando se iba por la montaña, o por sector de vertiente, quebrado, y de marcha ostensible y ruidosa, cuando se avanzaba por la llanura para llamar al aborígen a que hiciera frente, en sitio donde se pudiera usar la caballada y las armas de horquilla y donde se manejara mejor el atavío del conquistador, excesivamente pesado, ya que además de la coraza de hierro, llevaba una acolchonadura que cubría todo el cuerpo y la cabalgadura, para escapar el rigor de las flechas, como la que usan hoy los picadores, en la fiesta de toros.

La penetración en el territorio se hacía lentamente formando cuarteles en puestos avanzados, llamados habitualmente "el real", que consistían en una casa fuerte, muchas veces abandonada por los aborígenes o construida por el conquistador, rodeada de una extendida cerca de "palenque", con sus troneras especiales, para disparar los arcabuces. Tales "palenques" eran muy usados por

los indígenas para la defensa, especialmente en el sector del Departamento de Caldas, en donde los nativos (Quimbayas, Chamés, Pantágoras) tenían una defensa más estable y menos movediza que la de los Pijaos.

Sería inadecuado decir que la penetración se hizo en forma envolvente, dada la falta de coordinación y la prolongación en el tiempo de las comisiones "pacificadoras", pero es lo cierto que salieron de todos los puntos fronterizos de la comarca, tales como Ibagué, Cartago, Buga, Toro, Cali, Caloto, Popayán, Neiva, Almaguer, Sumapaz, Sutagao, Tocaima, Santa Fé, Mariquita, Guaduas, La Victoria, sin ningún plan determinado de operaciones militares, por lo cual, cada expedición, ejercía apenas una labor de expulsión y desalojamiento de los aborígenes del sector próximo al poblado, despejando los caminos, y reduciéndose nuevamente. En esta forma los indígenas se desplazaban de un punto a otro, buscaban los sitios más solitarios para aposentarse y tomar fuerzas, para luego regresar a los asaltos bandálicos.

Los asaltos sobre el aborígen se hacían ordinariamente de noche, cuando se ejecutaban sobre los "cercos" o poblados, táctica demoledora para el nativo quien no tenía la costumbre de asaltar de noche, pues durante esta cuando más, practicaba sus ritos y oraciones guerreras. Por otra parte, el asalto siempre tuvo el doble objeto de saquear y robar, y de pacificar, lo cual fue la causa de que el español continuara con su técnica de asalto nocturno a los indígenas casi durante toda la Colonia.

A su paso, el conquistador arrazaba sembrados y pueblos, incendiándolos y destruyéndolos totalmente con el ánimo de crear el desconcierto económico en las poblaciones aborígenes, y de reducirlos por hambre y miseria. Por este sistema destructor, que constituía

elemento principalísimo de la política conquistadora empleada en muchos sectores de América durante todo el siglo XVII, y parte del XVIII, las tribus vivieron un macabro desajuste social y económico, que fue indudablemente una de las causas de los asaltos y del bandolerismo en esos territorios. Era la época de la guerra sin cuartel, cuando a los prisioneros se ahorcaban y "empalaban", y sus cadáveres se exhibían en el camino y en los poblados, para sembrar el pánico entre los conquistados, a quienes mataban a sus ancianos, mujeres y niños, para extenuarlos y exterminarlos, logrando en esta forma someterlos al yugo del conquistador.

Llevaban consigo un numeroso ejército de indígenas conquistados, a los cuales hacían luchar con el enemigo, usando sus armas habituales, y es especialmente notorio el hecho de que los aborígenes sojuzgados, que acompañaban el ejército español, fueron las principales víctimas de la violencia, como castigo de su involuntaria deslealtad a los principios nacionalistas aborígenes.

La actitud bélica del indio. Antes de la llegada de los españoles, los indígenas vivían en permanentes guerras. Algunas tribus habían avanzado tanto en la carrera de las armas, que Simón cuenta cómo los de Santa Marta, tenían una escuela militar, en donde se enseñaba el uso de las armas a los jóvenes. Entre los Chibchas existía la carrera militar, y el Cacique contaba con ejércitos establecidos y con fortificaciones permanentes, entre las cuales, las más sobresalientes eran las de los "guechas", soldados acantonados en la frontera del cacicazgo, para defensa de los Panches, quienes igualmente eran notables en las artes bélicas. Existía entre los guechas una jerarquía militar, con distintivos especiales, y así, según el número de panches que mataban en la guerra, eran condecorados con canutillos de oro.

La guerra aborígen tenía la motivación cultural y económica de todas las guerras. Las tribus de cultura superior, la hacían para conquistar, como en el caso de los chibchas, los cuales momentos antes de la llegada de los españoles habían logrado una gran expansión territorial conquistadora, acaudillados por el gran general Tisquezuzza, que extendió los dominios del zipazgo hasta Ubaté, después de haber dominado al cacique Ebeté, por un extremo, y hasta Fusagasugá por el otro. El Bacatá se preparaba para dominar al zaque de Tunja, a quien ya había propuesto la guerra, cuando llegaron los conquistadores. Las tribus inferiores, cuya conquista hemos venido analizando, se movían a la guerra impulsados por la necesidad económica de buscar alimentos, ya que eran antropófagos, y peleaban para hacer prisioneros de guerra, a quienes mantenían en corrales o "chiqueros" especiales, e iban sacrificando en sus carnicerías.

Las naciones superiores, tales como los chibchas, los mayas, los aztecas, y muchas otras menos conocidas, contaban con jefes y jerarquías militares, conocían la táctica, peleaban en especiales formaciones guerreras, y tenían principios de diplomacia militar para entenderse con el enemigo, como los tratados sobre canje de prisioneros por prisioneros, esmeraldas, sal, riquezas naturales y otras mercaderías, tal como sucedía entre los muzos y los chibchas. Pero otras tribus de menor evolución cultural, entre las cuales se hallaban las tribus a que nos hemos referido, no contaban con una técnica sistemática de la guerra, siendo indudable que, viviendo de la guerra y para la guerra, habían adquirido una maestría rudimentaria en el arte de pelear, lo que impidió que los españoles pudieran dominarlos tan fácilmente como lo habían hecho en otros sectores del país.

Naturalmente la situación bélica del aborígen cambió con la llegada de los españoles. Pueblo de una cultura superior, de poderío inconmensurablemente más fuerte, les causó impactos psicológicos tan grandes, les originó engaños y equivocaciones tan notables, que de no haber creído los Incas que los soldados de Pizarro eran hijos del sol, o los Chibchas que los de Jiménez de Quesada eran dioses y centauros, no hubiera sido posible la conquista en aquella época. Los cronistas son pródigos en episodios en los cuales se establece que el aborígen salía perplejo a adorar y a rendirle vasallaje al conquistador, acostumbrado como estaba a rendirlo antes. Ante su nuevo dios se hincaba de rodillas, y esperaba que este, inclementemente lo sacrificara. Pero otra cosa sucedió con los pueblos que hemos venido mencionando. Los rudos golpes de que fue víctima cuando Belalcázar se dio cuenta de que no poseían sino muy poco oro y de que su grado de cultura era mínimo, la sangre que vertió cuando humildemente se aproximó al extranjero, los trabajos a los cuales no estaba acostumbrado y a los cuales intentó someterlo el español, lo llevaron a reaccionar ferozmente angustiado, en actitud defensiva, sembrando de terror y desolación esas vastísimas y riquísimas comarcas. Pero esa lucha ya no fue una guerra organizada, sino una actitud desesperada, una manifestación del estado de necesidad; por eso asumió dramáticos contornos de asaltos agotados, de mutilaciones, de incendios, de los cuales nuestra violencia actual, sería apenas un reflejo palidísimo, si no se produjera en una época evolucionada como la que estamos viviendo.

Los principales aspectos de la actitud bélica del aborígen, eran los siguientes:

Posición de violencia permanente en contra del conquistador. Nunca anduvieron de paz con el español, salvo en

algunas ocasiones en que usaron la táctica de aproximarse pacíficamente a él, para luego sorprenderlo en su despreocupación, matándole e incendiando sus instalaciones.

No peleaban en campo abierto. Siempre se emboscaban para sorprender al ejército español, y sólo en muy contadas ocasiones salieron a la llanura, acosados por emboscadas tendidas por el enemigo.

Insistencia en el ataque. Desbaratados en el combate, regresaban al poco rato, e insistían hasta quedar totalmente extenuados; después de esto, se replegaban, se refugiaban en las montañas, recuperaban las fuerzas y regresaban a los campamentos españoles, o planeaban de nuevo la emboscada.

Retirada veloz. Vencidos, huían por las montañas, como gamos; se escondían en las malezas, se perdían en la espesura, sin que pudieran los españoles encontrarlos nunca.

Se fortalecían en las montañas o en los pantanos para evitar la acción de los caballos, muy temidos por ellos, y para asegurar la retirada. En las montañas utilizaban las "galgas" o piedras, dejándolas caer sobre el enemigo, lo cual constituía una de sus armas más poderosas.

Cuando atacaban sobre la marcha del conquistador, lo hacían en emboscada, pero si atacaban los campamentos y fortificaciones, lo hacían al amanecer y nunca de noche. Atacaban para robar y hacer prisioneros, por lo cual a menudo sus víctimas eran los desprevenidos viajeros en los caminos. Si asaltaban los poblados, cercaban previamente la localidad, se apostaban en los caminos, incendiaban las casas y cautivaban a los habitantes para comérselos, matándolos después de terribles tormentos.

Iban acompañados de sus mujeres, quienes cargaban cestos y bejuco especiales para amarrar a los prisioneros.

En muchas ocasiones despresaban a los muertos, y los llevaban en las cestas. Lo hacían incluso entre ellos mismos, por lo cual el español nunca encontraba un muerto enemigo en el campo de batalla, ya que siempre lo cargaban en los canastos, y cuando estaban fortificados, reemplazaban inmediatamente sus víctimas, sin dejar la menor huella de las bajas.

Se embriagaban antes del combate, y sus ritos previos a la acción guerrera iban acompañados siempre de grandes libaciones de chicha.

Preparaban mortíferas trampas. Unas consistían en grandes huecos con puyas, en donde caían los caballos del conquistador. Otras, en árboles que caían sobre la tropa, otras en arcos que disparaban sus flechas, cuando el prevenido español, iba en pos de un señuelo como un pajarito o un venado, colocado previamente. Esta variedad de trampas, era tan numerosa, que el guerrero español vivía notablemente angustiado por la posibilidad de ser víctima de alguna de ellas.

Eran brutalmente feroces con sus víctimas. Las mutilaban en formas crueles, las empalaban y ahorcaban en los caminos, y las exhibían en los poblados. Se lanzaban a la batalla con gran gritería y vociferación, haciendo un ruido brutal, en el momento del combate.

Armas. En cuanto a los españoles, los cronistas mencionan las ballestas, muy escasas en la conquista. Robledo, por ejemplo, sólo llevaba cuatro, a las cuales el aborigen tomó tanto miedo, que Simón cuenta cómo "aunque les pudiesen una espada como puntería, huían como venados pensando que eran ballestas". La lanza de madera con sus "agudos hierros", muy escasa también en la conquista de los pijaos. Los españoles que se defendieron de los quince mil indios comandados por la cacica Gaitana, tan sólo contaban con cuarenta y ocho lanzas. Como arma de

fuego se usó el arcabuz de mecha o de "cuerda", la cual llevaban prendida habitualmente, salvo en los momentos en que no había peligro probable. Igualmente se usaba el arcabuz de pedernal. Probablemente se usó el mosquete, no mencionado por los cronistas que relataron la conquista de los pijaos, y como al parecer la munición consistía en piedras o guijarros, debió usarse un arma de la época llamada el "pedreñal", pero los cronistas no mencionan tal arma, y tan sólo Velasco, en la conquista del Perú, hace referencia al "pedrero", que era en realidad una pieza de artillería que lanzaba grandes piedras, por medio de un tiro curvo de

proyectil, ya que los cañones llamados igualmente pedreros, de fuego dirigido, se usaban sólo en la marinería.

Además de los cuchillos, espadas y armas blancas en general, se habla en las crónicas de los escudos o "escaupiles" de hierro y de cuerno elaborados en América, de las armaduras y corazas.

Por parte de los aborígenes, se habla en las crónicas con mucha frecuencia de la macana, la lanza con punta quemada, la flecha de arco con punta envenenada, los botadores de teas encendidas, los cuchillos de guadua, las puyas y las piedras.

"La conquista es un hecho social; entendiendo esta expresión en el sentido que Maxwell le señalaba, es decir, aquel que interesa a la nación como unidad política y legislativa; un hecho social con actores de carne y hueso, no una invasión de dioses, de seres extrahumanos; no hay que ver a aquellos conquistadores como sonámbulos obedeciendo a un misterioso impulso, con la complicidad de seres divinos. Yo no les veo el rayo en una mano y el trueno en la otra como sí los vieron los indígenas americanos. No hay razón para analizar la conquista con la atolondrada imaginación de aquellos primitivos pobladores. Es una invasión de hombres, obrando como mortales, con apetitos, vicios y virtudes, fanatismos y conducta vulgares; no olvidemos: humanos, ¡demasiado humanos!".

HERNANDO MARQUEZ A.